LA CONSERVACION DE LAS OBRAS DE ARQUITECTURA

Luis Moya.

1. Todo pasa, todo decae, todo envejece, y las obras de Arquitectura, que quisiéramos eternas, no están exentas de esta ley universal. No está en nuestras manos el poder resistirla, pero sí podemos domar y conducir el envejecimiento normal—no el daño de guerras o de catástrofes imprevistas—de modo que sea adecuado al edificio.

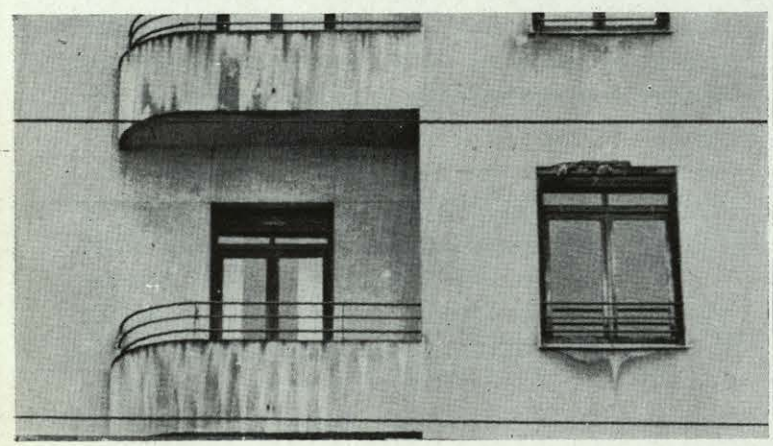
Architectural Forum, en un artículo titulado muy expresivamente "Conservación: mantener vivo un edificio" (abril 1962), inicia exposición del problema con estas palabras: "Un edificio empieza a deteriorarse en el mismo momento en que se enfrenta con los elementos. Es atacado desde todas partes y desde dentro. Sus piezas se mueven, sus enlaces son flexionados por el viento. Gases del aire y polvo atacan y cubren su exterior, y muerden su "piel". Las gentes introducen suciedad con ellos mismos y desgastan pisos y paramentos. Al mismo tiempo se desajustan los herrajes, las lámparas se queman y la maquinaria de los ascensores y del acondicionamiento de aire se va desgastando."

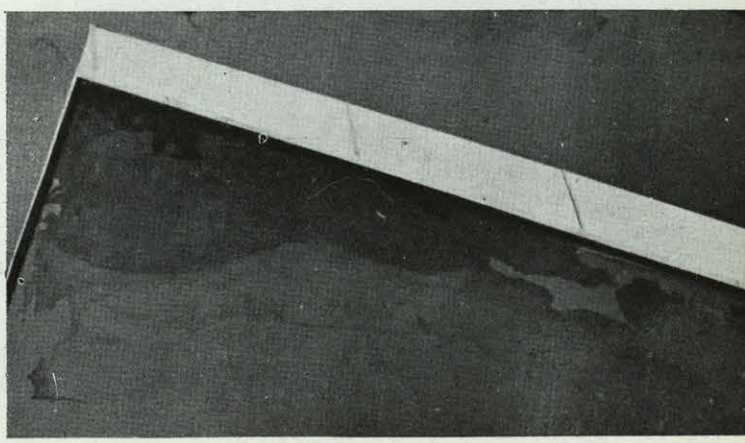
El envejecimiento de las fachadas puede no ser destructor en muchos casos. La pátina puede ser un elemento de belleza añadido por el tiempo a la obra. Pero esto requiere que el material de la fachada sea resistente al hielo, la nieve y la lluvia, y que el proyecto prevea ya unos volúmenes que no provoquen concentraciones de humedad en lugares inoportunos, o los provoquen donde convenga al arquitecto; que también este caso se ha dado entre nosotros. Don Antonio Palacios, por ejemplo, incluía en las acuarelas de sus fachadas las manchas de humedad, porque él sabía mucho de lluvia y le gustaba.

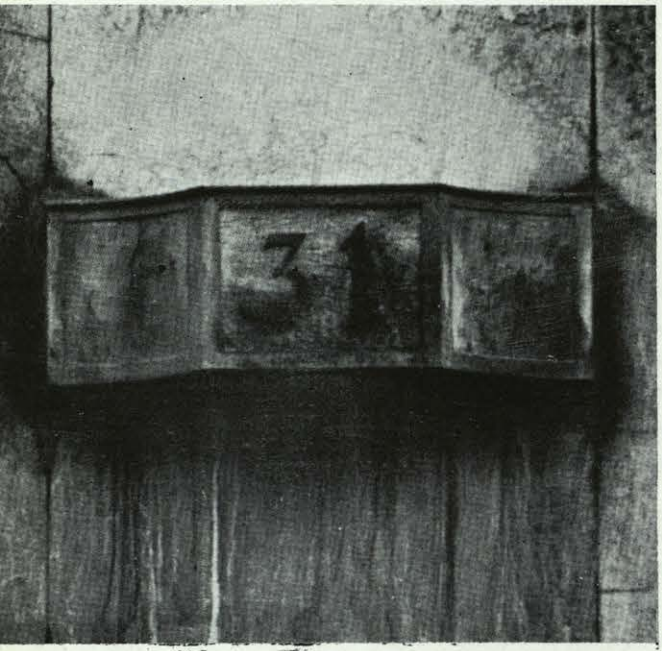
2. Las numerosas instalaciones mecánicas y eléctricas, incluyendo en éstas lo más mínimo—el muelle de un resbalón, por ejemplo—, envejecen desde el primer momento de un modo irremediable: se pasan los muelles, gomas, suelas, etc., se desgastan las roscas, se desajustan las piezas a fricción, se ensucian y descomponen los aceites de engrase; con ello se cuenta normalmente en los ascensores, sujetos a revisión mensual, pero se olvidan las instalaciones de fontanería—que se miran como si fueran eternas hasta el primer grifo que gotea—, las de electricidad—que se olvidan hasta que salta el primer chispazo—, y las demás.

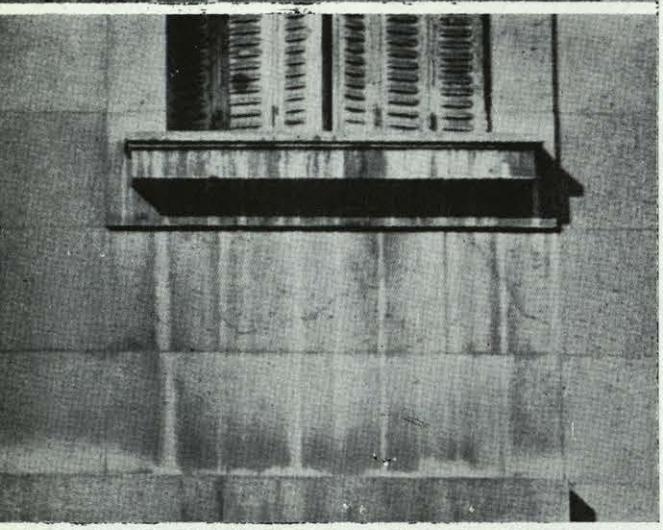
Para edificios muy mecanizados de Estados Unidos se considera que su duración es la de sus instalaciones, y que éstas, muy bien hechas, tienen de vida treinta a treinta y cinco años, salvo reparaciones menores. Pasado este período de vida, deben renovarse del todo las instalaciones, y puesto que su coste es mucho mayor que el del resto del edificio, se debe derribar éste y hacer uno nuevo de acuerdo con las nuevas técnicas. Claro es que en Nueva York mismo se conservan edificios de mucha más edad por razones sentimentales o publicitarias; porque si la sede de la Sociedad X ha llegado a ser un "land mark" conocido, se renuevan periódicamente todas sus instalaciones a enorme coste, que se compensa con la atracción que ejerce sobre los clientes lo ya conocido, por la "insidiosa dulzura de la costumbre", como decía don Pedro Mourlane Michelena.

3. Hasta aquí se ha tratado de lo irremediable, de lo que acontece a construcciones que se suponen perfectas. Pero desgraciadamente todos cometemos errores, como los cometieron nuestros predecesores, los arquitectos de épocas antiguas. Dos casos se han presentado en Madrid recientemente, en dos edificios de piedra construídos a principios de siglo, los dos en la calle de Alcalá: la "Unión y el Fénix" y la iglesia de San Manuel y San Benito. Quizá en ninguno de ellos hubo error de los arquitectos al elegir la piedra; es posible que se hubiesen conservado perfectamente, resis-









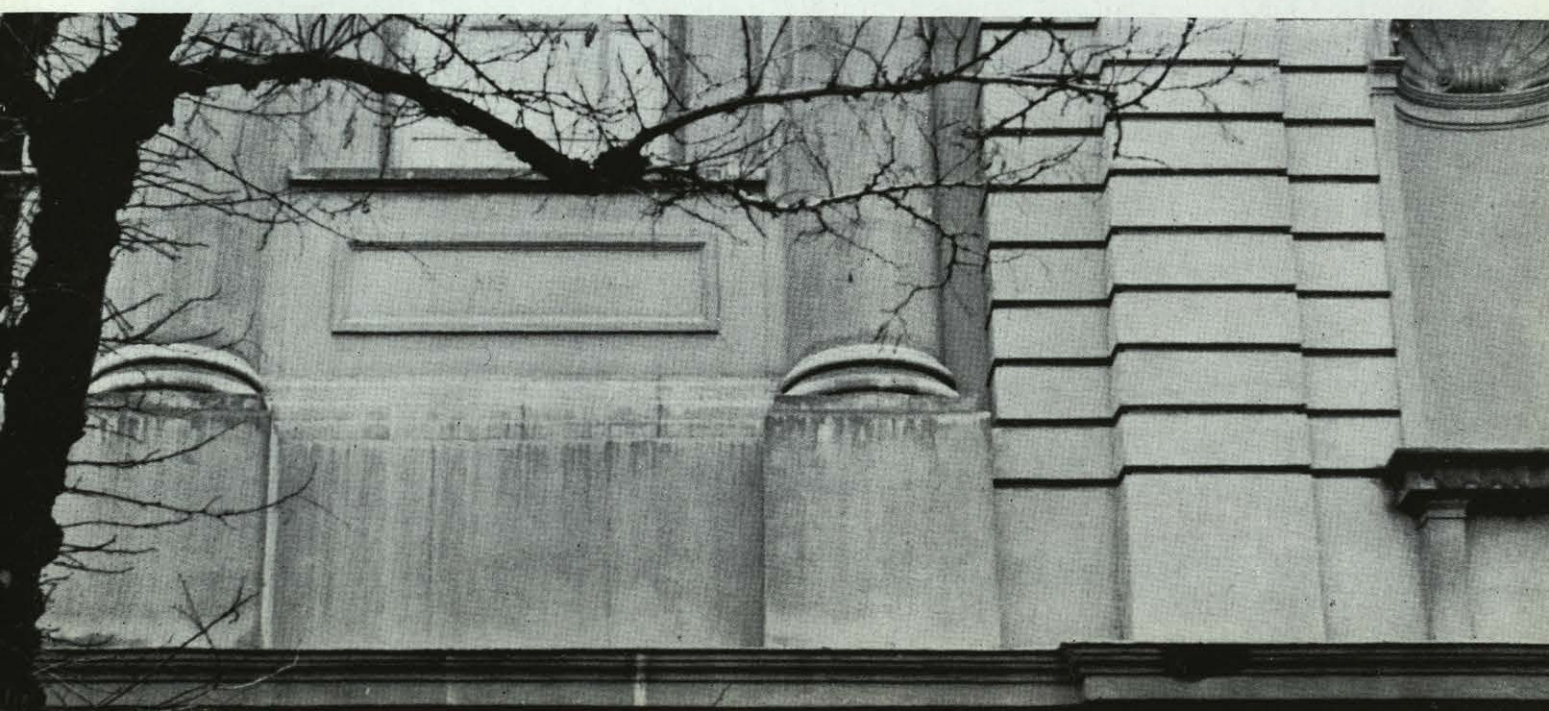
tiendo bien la acción del aire natural de Madrid con sus variaciones térmicas y demás accidentes meteorológicos, si no hubiera aparecido un aire artificial de gases y humos que aquellos maestros no podían prever. Pero la acción combinada de ambos aires inició el hundimiento de trozos de ambas fachadas a velocidad creciente, y hubo de procederse a la reconstrucción de ambas, lo que se ha terminado felizmente en estos días. Un dato curioso: la iglesia referida lleva aneja la residencia de los padres Agustinos, obra coetánea, cuyas fachadas están hechas de revoco a la catalana, incluso sus numerosas molduras y otros adornos; pues bien, no ha sufrido el menor daño y está intacta, salvo el color, que se ha ennegrecido, demostrando que en este caso el revoco fué mejor que la piedra natural.

Otros casos extraordinarios de conservación de revocos tenemos en el antiguo Palacio del Duque de la Torre (ahora Colegio de la Asunción) en la calle de Velázquez, obra de estilo Luis XIV con columnas, frontones y molduras de todas clases, y en otros muchos edificios menos importantes, que hicieron los constructores catalanes en Madrid durante el primer cuarto de este siglo. Desgraciadamente, se ha perdido aquí la tradición de estos excelentes revocos a la catalana.

4. Manchas locales de humedad en fachadas suelen ser llamativas porque descomponen la proporción de un limpio trazado. Se producen en edificios de cualquier estilo, causadas por impostas, balcones y salientes de cualquier clase. A todos nos ha ocurrido esto, pero el caso más escandaloso puede verse nada menos que en la portada principal del Monasterio de El Escorial, donde los cuatro pináculos y las aletas que encuadran el cuerpo superior, jónico, producen en invierno unas manchas colosales en la fachada a que se adosan; tan importantes, que alteran la proporción de tan maravillosa lección de geometría. A la cual tampoco le conviene nada la pátina de los siglos, pues el color oscuro amarillento que presenta en la actualidad desfigura el aspecto de la obra original, de color blanco azulado, y con rejas y remates dorados, destacándose sobre el brillante tapiz de flores europeas y americanas que formaban el Jardín de los Frailes. Los bojes se pusieron en el siglo XVIII, para ayudar a la leyenda negra, sin duda. Pero lo que describe el padre Sigüenza es otra cosa muy distinta de la oscuridad actual.

5. Se podría tratar de dos tipos de arquitectura: aquella que ama la lluvia, las manchas de humedad y la pátina, que sería la romántica; y otra, que es como un brillante, según decía Eugenio d'Ors de la obra de Paladio, la cual es opuesta a cuanto dañe su pureza de líneas. Esta sería la clásica, la que deriva directamente del mundo de las ideas, las cuales no se mojan ni se manchan. Pero como su realización material en

este mundo está sujeta a la misma fatalidad que la arquitectura romántica, y por tanto ha de sufrir el envejecimiento y la ruina, se produce en ésta un drama que no se da en las más desaforadas obras de aquélla, que ya contaban con el paso del tiempo. Cuando una obra clásica envejece y se arruina, como el Paternón, no es que pierda belleza, sino que se transforma en otra cosa que traiciona la idea de su autor. ¿Cómo eran las Catedrales cuando eran blancas, como dice Le Corbusier? No tendrían nada de la "sagrada sombra" que exaltaba el prerromanticismo de Goethe hace ya siglo y medio. Tendrían la claridad y la nitidez de un buen silogismo escolástico. Así, pueden verse en cuadros del final de la Edad Media en que se representa alguna iglesia en construcción.

6. Sin embargo, es posible que los maestros medievales contasen con la lluvia y las manchas de humedad, porque casi todas sus obras se hicieron en mucho tiempo y por varias generaciones de constructores. Los que continuasen lo empezado por otros, después de una pausa de años y hasta de siglos, verían los estragos que el tiempo había hecho en la obra anterior y es posible que apreciasen el nuevo aspecto de aquélla como un valor digno de estudio y como una enseñanza. Parece, en efecto, que en la baja Edad Media se tiende a canalizar y conducir hacia abajo la lluvia y la nieve a lo largo de los paramentos de los infinitos planos verticales en que descompone las fachadas de su última época, en vez de tratar de recogerlas y alejarlas mediante un sistema de cornisas y gárgolas, como en la fachada y torres de Nuestra Señora de París. Esta Catedral parecería mejor blanca, pero otras más tardías y complicadas están también ahora ennegrecidas y con huellas de surcos verticales dejados por el agua que acentúan más aún su verticalidad y la complican como se complicó la Escolástica coetánea. Gaudí, último de los maestros medievales y precursor de mucha arquitectura actual, también hace amistades con el paso del tiempo.

7. Lo más importante para nosotros es saber si una fachada actual está mejor con humedades o sin ellas. Desde luego una fachada a la manera de Mies Van der Rohe no las admite. Su geometría escueta y clara es opuesta a cualquier accidente casual, como lo son los templos griegos o las obras de Paladio y Herrera. Pero no toda la arquitectura de hoy sigue ese camino, y el último (hasta ahora) Le Corbusier de Ronchamp y La Tourette puede muy bien admitir la colaboración del viento y de la lluvia, y aun la del humo y el hollín. Si esto es indicio de un nuevo romanticismo ó si es un nuevo realismo que acepta las cosas y las circunstancias como son, es problema difícil de resolver. Si es lo segundo, nos sirve de lección, pues muchas de las cosas que hoy hacemos aspiran a una juventud eterna que el paso del tiempo y de muy poco tiempo se encarga de desengañar. Más vale, exagerando las precauciones para defender las fachadas, saber que han de envejecer a pesar de todo y trazarlas de manera que los años actúen de un modo previsto por el arquitecto; que no sea necesario publicar fotos hechas inmediatamente después de terminadas, porque al año siguiente no estén ya presentables. Es posible que esta consideración enriquezca nuestra gramática formal y sirva para ordenar nuestro mundo de temas.